

Su *parte primera* trata de la canonística lusitana en el mundo de la canonística medieval.

Los capítulos 1 y 2, que contienen el texto de dos conferencias pronunciadas en la Universidad de Granada en los 1966 y 1969, vienen a ser una introducción al capítulo 3º, en el que estudia las aportaciones de unos cuantos portugueses, y la de algunos canonistas españoles, que se ocupan de temas portugueses. Los dos primeros capítulos son especialmente importantes para la historia de las universidades. En el capítulo 3º, completan y rectifican datos biográficos de los autores, se dan datos desconocidos de su producción bibliográfica y se localizan numerosos manuscritos.

En la *segunda parte*, que consta de 4 capítulos, trata de algunas cuestiones selectas en torno a la canonística portuguesa. Tales son la canonización de San Rosendo de Dumio, el *Breviarium Decretorum* de Juan de Dios y las Divisiones del Decreto de Graciano, el Libro de las Confesiones de Martín Pérez, y la *Summa de Libertate ecclesiástica*, de D. Egas de Viseu. La edición crítica de esta última obra se encuentra en las pp. 157-281, y está hecha a base del Ms, 2198, ff. 256-60 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, el que le da la sigla U.

Esta obra, utilísima para el conocimiento del Derecho Canónico portugués, tiene su índice de autores y materias, sistemático y de manuscritos.

La publicación nos ofrece la ventaja de reunir puestos al día artículos que se hallan dispersos en diversas revistas especializadas, a la vez que nos da a conocer otros trabajos enteramente nuevos, referentes a la Canonística portuguesa medieval, desbrozando un camino apenas transitado.

Florencio Marcos

#### 4) Historia de la Iglesia y de la Teología

Félix M. Pareja, *La religiosidad musulmana* (Madrid, BAC, 1975).

La oportuna y bien orientada colección de la BAC sobre religiones no cristianas se ha enriquecido considerablemente con este volumen dedicado a la religiosidad musulmana.

El libro consta de una introducción y dos partes. La introducción (pp. 1-34) ofrece una síntesis de los datos sobre la persona y la vida de Mahoma y la composición y el contenido del Corán. El texto está tan lejos de la mitificación ingenua como de la crítica partidista. La breve semblanza moral del profeta que ofrece (pp. 16-17) es el mejor ejemplo. La exposición del Corán presenta un excelente resumen de su contenido con palabras frecuentemente tomadas del mismo libro.

La primera parte expone la religiosidad oficial o el «Islam ortodoxo», religiosidad orientada más bien «a la acción en la vida de este mundo» y fundada predominantemente en las asuras de Medina. Tras explicar algunas nociones fundamentales: *Sunna*, *Hadit*, *igma*, etc., y referirse a las principales escuelas jurídicas, describe con detalle y viveza los «cinco pilares del Islam». Pasa después a la religiosidad en la vida cotidiana —toda ella impregnada por esta religiosidad que ha podido ser llamada «religión totalitaria»— las fiestas, los ritos, las prescripciones y prohibiciones. Ofrece a con-

tinuación la constitución y la historia del Estado musulmán con sus instituciones, los elementos fundamentales de su derecho y los preceptos penales, y dedica un largo capítulo a los desarrollos dogmáticos surgidos de la primitiva confesión de fe monoteísta. Los problemas más importantes: fe y obras, predestinación y libre albedrío y las diferentes escuelas, llegando incluso a las tendencias dogmáticas modernas, quedan explicados en esas páginas de manera diáfana. Por último, se describe con detalle la religiosidad y creencias populares y las múltiples sectas en que se ha ido dividiendo la comunidad.

La segunda parte del libro describe «la vida interior», es decir, el cultivo de la ascética y de la mística en el islam. Las páginas dedicadas al sufismo son un modelo de precisión y de equilibrio. Las doctrinas místicas de las numerosas corrientes y de los diferentes maestros son ofrecidas en resúmenes precisos al mismo tiempo que sustanciosos, gracias al recurso frecuente a los textos mismos de los autores. En estos textos aparecen, a través de las propias palabras de los maestros, la grandeza y la limitación —para ojos cristianos— de la espiritualidad islámica. Tal vez esa limitación pueda concretarse en la constatación hecha repetidas veces de que el islam no deja de ser en ningún momento «la religión del temor» (pp. 305, 323, 365).

El libro termina con un hermoso capítulo sobre «la religiosidad en las literaturas islámicas de las diferentes lenguas», una breve alusión a «los últimos tiempos» del Islam en lo que, a pesar de la evidente decadencia, no dejan de existir «luminares» que alumbran esa noche, y una descripción, producto de «observación personal y de datos espigados en muchas partes», del mundo musulmán de hoy.

Con este libro disponemos los lectores de habla castellana de una introducción documentada, segura y viva al complejo mundo del Islam. Es necesaria la enorme cantidad de conocimientos sobre el Islam, o, mejor, la familiaridad con él que posee Félix M. Pareja, y de los que ha dado abundantes pruebas en su obra anterior —especialmente en los dos volúmenes de su *Islamología*, Madrid, Ediciones Fax, 1952-54— para realizar una síntesis tan completa y tan rica como la que comentamos. Pero son necesarias, además, dotes nada comunes de claridad, capacidad de síntesis y excelente estilo para poner al alcance del «lector no especializado» todos esos conocimientos de una forma tan ordenada y amena.

J. Martín Velasco

Augusto Sarmiento, *La ecclesiología de Mancio*. Introducción y comentario a la 2<sup>a</sup>-2<sup>a</sup>, q. 1, a. 10, del ms 5 de la Catedral de Palencia (Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1976, 2 tomos, 214 y 378 pp.

La figura del teólogo dominico fray Mancio de Corpore Christi espera todavía la monografía cabal que sitúe su figura en el lugar merecido dentro de la tradición de la Escuela de Salamanca, y esto tanto en el aspecto biográfico como en el doctrinal. Probablemente pueda realizarla Augusto Sarmiento que inicia la tarea con buen pie, editando y analizando una parte mínima de la producción de Mancio, aunque harto significativa, como es su comentario a la *Summa* que versa sobre la Iglesia. Dos partes bien diferenciadas ofrece, por lo tanto, la investigación del autor: Por un lado, la cuidadosa edición de la q. 1, art. 10 de la II-II de santo Tomás, para la que utiliza el único manuscrito existente, de la Catedral de Palencia. Por otro lado, el esbozo biográfico de Mancio y el análisis detallado de su doctrina.

Respecto a la primera parte, reflejada en el tomo II de la obra, es de notar que se nos ofrece el texto inédito latino y además su versión al castellano en páginas paralelas. Al pie del texto latino va el correspondiente aparato crítico, en el que registra las mínimas apostillas del códice y verifica sus abundantes citas bíblicas, patristicas y conciliares. Sólo quienes han trabajado en semejantes tareas sabrán apreciar todo el esfuerzo requerido para colmar esta exigencia. La lectura del texto induce a pensar que está correctamente transcrito. Con todo, según el cotejo que permiten hacer las páginas reproducidas en facsimil, personalmente leería *finaliter* en vez de *finalem*, en la p. 20, lín. 2, y añadiría *et in materia de statibus* en la p. 130, lín. 3, y c. 69 y no 62 en la lín. 4. Con el riesgo de la intuición, presumo que en la p. 96, lín. 21, debe decir *quis* por *quid*. Por lo que respecta a la traducción, que en semejantes textos para especialistas constituye un lujo, el autor se enfrenta con problemas de expresiones técnicas y con la llaneza literaria de las lecciones académicas. Traduce *rite* por *válidamente* (II, 95, 4). Adorna un tanto el texto original con otros circumloquios, v. gr. II, 98, 17-9. ¿Es justa la traducción *non sincere praedicat*, por *no anuncia el Evangelio con sinceridad?*, o la versión de las líneas 9-10 de la misma página? En la traducción no hallamos correspondencia de la frase latina II, 96, 26-7. Estas observaciones ocasionales, deducidas de la lectura atenta de unos párrafos, muestran hasta qué punto es difícil la tarea emprendida por el autor.

En el estudio de Mancio y de su texto, Sarmiento nos ofrece un brevísimo boceto biográfico, aquejado sin duda de la penuria de fuentes existentes. Recopilando los datos acopiados por Beltrán de Heredia, se nos ofrece una visión esquemática de la vida y actividades académicas de Mancio, así como de su participación en actividades extraacadémicas como los procesos de Carranza, Cantalapedra —publicado por el P. La Pinta— y fray Luis de León. Analizando esa misma documentación, creo sería posible perfilar un tanto la actitud censoria de Mancio, y consiguientemente sus presupuestos teológicos, el carácter general de su Teología, elemento que sería de interés para valorar la eclesiología expuesta en el texto editado. ¿No será posible lograr un boceto más rico y matizado de este teólogo salmantino?

Por el momento nos hemos de conformar con el análisis muy minucioso de su eclesiología: una eclesiología de signo netamente contrareformista y antiprottestante, en la que Mancio no ofrece precisamente una faz irenista, opera con una visión muy sumaria del protestantismo y asienta con toda rotundidad su posición contraria. «Nec colorem Ecclesiae habent» dice de la iglesia protestante, I, 43; y tres páginas más adelante, subraya: «Ecclesia lutheranorum nihil habet commune cum Ecclesia apostolorum, nisi voculas quasdam, scilicet Christus Servator noster, propitiatio nostra, redemptio nostra». A parte del juicio sumarisimo sobre la iglesia protestante, hoy creemos que son algo más que *voculas* esas realidades conjuntas mencionadas. Mancio está legítimamente obsesionado por el problema de la *vera ecclesia*, en un momento en que el debate sobre el tema era la máxima cuestión. Por eso desarrolla el capítulo de las notas de la Iglesia, justamente subrayado por el autor; pero casi toda su atención la atrapan las cuestiones de la infalibilidad, del Papa y del Concilio. La polémica estrecha el campo de la eclesiología, con pérdida del horizonte patristico, para empeñarla en la faceta, indudablemente necesaria, del apuntalamiento de su constitución jerárquica. En tal sentido decíamos que la eclesiología de Mancio es exponente típico de la contrareforma, o al menos de su más tónica manifestación.

Hoy podemos conocer el pensamiento de Mancio en este punto, merced

al esfuerzo de A. Sarmiento. Nos gustaría que tal eclesiología apareciera dentro de coordenadas históricas que la permitieran situar, sea en el contexto de la Teología europea del momento, o al menos dentro del desarrollo de la Escuela de Salamanca. Sarmiento se propone seguir ofreciendo inéditos de Mancio, y quizá al final de su trabajo nos responda a apetencias suscitadas por su libro.

J. I. Tellechea Idigoras

*El Cardenal Albornoz y el Colegio de España.* Edición y prólogo de Evelio Verdura y Tuells (Studia Albornotiana, XI, XII, XIII, Bolonia, Publicaciones del Real Colegio de España en Bolonia) 4 tomos.

En pocas ocasiones habrá sido tan fecundo un Centenario como en el caso del Colegio Español de Bolonia, cargado con seis siglos de historia desde que levantara su planta, aún incólume Matteo Gattapono de Gubbio. El magno congreso organizado al efecto refleja sus tangibles frutos en los espléndidos cuatro tomos de investigaciones que permiten dar pasos gigantes a la historiografía de un personaje y una institución, verdaderamente dignos de estudio. No deja de ser un milagro que a través de tantos siglos perdure un edificio, su valioso archivo, su ornamentación y sobre todo su espíritu fecundo, acreditado por los innumerables hombres ilustres que se han albergado en sus celdas, como Nebrija, Sepúlveda, Antonio Agustín y tantísimos otros. Por ello, aunque el Centenario esté lógicamente dominado por la evocación de la figura del Cardenal Gil de Albornoz, por muchos conceptos polifacética, y por la creación de su obra más duradera, la atención de cuantos han contribuido con sus diversísimas investigaciones al rescate histórico del fundador y de su obra se ha extendido a la secular historia del Colegio, sin olvidar el motivo primero de la conmemoración.

El simple elenco de los trabajos acumulados en estos volúmenes de tomo y lomo ocuparía de por sí demasiadas páginas de esta reseña y por lo mismo hemos de renunciar a ello en favor de una valoración sintética de este colosal esfuerzo que viene a colmar muy sustancialmente una laguna ya denunciada por Menéndez y Pelayo. La frase del montañés «ni aún el Colegio Albornociano tiene su historia», ha de paliarse hoy con la obligada remisión a estas tres mil páginas de investigación, de más de un centenar de colaboradores de todas las latitudes del mundo. Tan poderosa ha sido la capacidad de convocatoria de la institución hispana de Bolonia.

Naturalmente el Cardenal Albornoz es el primer capítulo estudiado en las más diversas facetas por una serie de investigadores. De su período español, el menos estudiado, se ocupan Moxó, Boscolo, Gautier Dalché, y de la historiografía albornociana tratan Urgorri y Sierra. Las relaciones con el Arcipreste de Hita (Criado del Val y Grassotti), Albornoz fundador (J. Be-neito), el catecismo de Albornoz (D. Lomax), sus regalos (Porres Martín-Cleto), van descubriendo aspectos parciales del Cardenal. De su actividad diplomática y sus relaciones con la Cámara Apostólica y con el Colegio Cardenalicio se ocupan Trench y Gillemain, mientras Mollat estudia la institución de vicarios en los Estados de la Iglesia. Las legaciones italianas, la reconstitución de los Estados Pontificios, los gastos bélicos, la pacificación de las tierras de la Iglesia, las relaciones con las compañías bancarias florentinas y con las órdenes religiosas, así como con diversas regiones italianas, son tratadas por Claramunt, Trenchs, Durpré, Theseider, Marongiu, Batelli, Cristiani, Piana, Pecugi Fop, Saracco Previdi, Franceschini y Bresc. La bi-

biografía y el catálogo de obras de la exposición de libros albornocianos en 1969, han corrido a cargo de Prete y Colliva y Claramunt. La personalidad de Albornoz sale beneficiada de estas investigaciones, que estudian su linaje, el impacto producido en crónicas y memorias, sus misiones y legaciones en Francia, Macerata, Montelfeltro, Nápoles, sus itinerarios, su labor de cara a los Estados Pontificios o a las Ordenes religiosas, etc...

El segundo tomo está dedicado íntegramente a la fundación del Colegio y su contexto histórico, sea en el estudio de la política universitaria de los papas aviñoneses (Dellaruelle), sea en la presencia española prealbornociana en Bolonia (C. Messini). De la fundación del Colegio se ocupan Fletcher y Marti, mientras se ocupan de Fernando Alvarez de Albornoz Narti, García y García y González. Avesani analiza los Estatutos, Clouh sitúa el Colegio en el clima renacentista italiano y Martín Hernández el influjo del patrón boloñés en los Colegios Mayores españoles. El Doctor Hernando de Guevara es objeto de dos trabajos (A. Redondo y R. Jones); este último se ocupa también de Nebrija, y Rodríguez Fernández presenta el catálogo de los becarios de León en Bolonia, mientras Dalmases estudia el paso de san Ignacio de Loyola por el Colegio, y M. Bataillon con J. M.<sup>a</sup> Palacio dedican un espléndido estudio al Doctor Carnicer. De lleno ya en la historia del Colegio, se estudian las tentativas de reforma de Cinquecento (Fanti, la acción del Papa Lambertini, Benedicto XIV, a favor del Colegio y la vidriosa visita apostólica de 1741 (Roversi), así como la situación del mismo a fines del XVIII (Batllori). Desde un punto de vista arqueológico y artístico, Buzacchi y Javier de la Plaza disertan sobre las casas de Zancari y planos del Colegio. Especial valor, interés y utilidad encierran los catálogos de incunables (F. Rodríguez) y de códices (A. García) de la estupenda biblioteca del Colegio. A. Represa aporta algunos documentos septimacenses relativos al Colegio.

Obedeciendo acaso a inevitables retrasos o adhesiones postcongresuales, nos esperan en el tercer volumen variados estudios sobre nuevas facetas de Albornoz como legislador (Maroingiu), sobre sus Constituciones (Santarelli, Catalano, Cecchi, Ruyschaert, Colliva, Lefevre), inventarios de alumnos portugueses y noticias sobre su financiamiento (Sousa y Mellis), así como bocetos sobre alumnos ilustres recientes como Juan de la Cierva, Luna, Torres Martínez y Sanchís Olmos, a cargo de J. P. Lojendio, García Valdecasas, La Pégola, Velarde Fuertes, Vaquero González. Mondani presenta escudos e inscripciones de estudiantes españoles en el Archiginnasio boloñés y D. Ricart y R. Johnson presentan una doble e importantísima contribución para la biografía de Usoz y Río.

En suma, nos encontramos ante el más valioso y perdurable modo de homenaje a una institución secular, digna del mismo.

J. I. Tellechea Idigoras

Pierre Groult, *Los místicos de los Países Bajos y la literatura espiritual española del siglo XVI*, trad. de R. A. Molina (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976) 430 pp.

No necesita de presentación la obra clásica de P. Groult, aparecida en 1927 y convertida en estudio clásico sobre la materia. Agitada hace tiempo en el mercado editorial, hoy aparece en versión castellana, abriendo la «Biblioteca del Hispanismo», patrocinada por la Fundación Universitaria Española. En tal sentido constituye doble noticia. Primero, iniciar un esfuerzo,

aparentemente anacrónico como puede ser la edición sistemática de obras, no sólo antiguas, sino hasta envejecidas con el paso de los años, pero que han marcado auténticos hitos en la investigación de temas muy sustanciales y que resulta siempre interesante poder consultarlas y tenerlas a mano. Segundo, traducir precisamente esta obra que permitió pasar del estadio de las instituciones sobre el influjo de los místicos norteños —jalemanes, renanos, flamencos, belgas, holandeses, de los Países Bajos?— en la literatura espiritual española, a una fase de demostraciones documentadas del mismo con una aportación no escasa de datos del mayor interés.

P. Groult, cuya simpática figura evocan el traductor Molina y el catedrático A. Vermeylen, fue un trabajador concienzudo del tema, que barrió incertidumbre, negaciones o interpretaciones incorrectas, y abrió pistas seguras para futuras investigaciones. Ni minimiza ni magnifica el influjo mencionado; sencillamente lo muestra, sobre todo con cotejos textuales muy precisos y convincentes, y en gradación muy variable según se trate de uno u otro autor español. Los casos de fray Juan de los Angeles y de Diego de Estella pueden ser los más claros y contundentes. Gran parte de los logros de Groult siguen en pie. Los estudios posteriores de Sanchis Alventosa, Ros, Leturia, Bertini, Colombás, etc., han confirmado con nuevos datos la línea de Groult. No estará nada fuera de lugar que en este trasvase de obras clásicas de grandes hispanistas, hecho con tanto retraso, de alguna manera se incorporasen, aunque fuese con la más sobria manera bibliográfica, las indicaciones pertinentes. Un simple apéndice bibliográfico facilitaría el conocimiento de los progresos efectuados en las pistas abiertas por los pioneros y hasta realzaría, junto a límites inevitables, el mérito de quienes trabajaron en barbecho inculto. La sugerencia pudiera ser útil para los sucesivos volúmenes y merecería la pena de realizar tal esfuerzo. Con ello la «Biblioteca del Hispanismo» puede premiar dignamente el trabajo de grandes figuras, a veces no demasiado conocidas y utilizadas entre nosotros, y con el suplemento citado poner a punto temas importantes meritariamente estudiados y sistematizados por hombres dignos de la mayor estima. En el caso de Groult se ha tenido el acierto de añadir en apéndice dos trabajos suyos, sobre «La Colombina y los espirituales del Norte» y sobre Diego de Estella y el rastro de Kempis y otros norteños en su obra. En otro volumen aparecerán sus estudios sobre La Celestina, Don Quijote y Gil Vicente. Recopilar trabajos dispersos en revistas de no fácil acceso o difusión es un excelente servicio hecho a los investigadores.

J. I. Tellechea Idígoras

Hughes Didier, *Vida y pensamiento de Juan Eusebio Nieremberg* (Espirituales Españoles, Serie C, Monografías, 5) (Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca - Fundación Universitaria Española, 1976) 584 pp.

Nieremberg posee una obra escrita de más de diez mil páginas, mitad y mitad en latín y castellano. Los títulos se cuentan por docenas, lo mismo que sus traducciones al alemán, al francés, al inglés, al italiano y hasta al polaco. Es un escritor clásico del barroco español. En 1973 hablaba de él el autor de esta obra en la revista *Manresa* calificándolo de «paradoja cultural e histórica», a tenor del absoluto olvido en que yacía.

Muchas horas ha debido trabajar H. Didier, bajo la dirección del hispanista R. Ricard, para conjuntar esta voluminosa monografía que ahora aparece en castellano traducida por M. Navarro Carnicer. En ella se nos da la

biografía de Nieremberg, harto más pobre que lo que permitiría presumir el volumen de su obra escrita, rigurosamente catalogada por Didier. El origen alemán de la familia y el apellido no impide que Nieremberg sea un español con conciencia de tal, y con enorme querencia al austrohispanismo y hasta a cierto goticismo. Y es un jesuita forjado en la tradición loyolea, transfigurada en el siglo XVII.

El grueso de la monografía de Didier es de tipo doctrinal o temático. Dedicando muchos centenares de páginas, cuidadosamente enriquecidas de las oportunas citas, a presentar la anatomía temática fundamental de Nieremberg: Filosofía y fe cristiana, catolicismo y gentilidad, Humanismo piadoso contra los ateístas, y a desentrañar el peso específico de ideas de Nieremberg acerca del cuerpo, el alma, la acción, la muerte, el sufrimiento, el desengaño, la gloria de Dios, la lastimosa tragedia de la vida humana, el gran teatro del mundo... Estos dos últimos temas engarzan bien con el tema de «la vida es sueño» de Calderón, y son exponentes vivos del pensamiento de Nieremberg.

Como otros autores de la época, Nieremberg no es primordialmente original, sino hombre de tradición en un sentido muy amplio, que incorpora a su construcción literaria materiales de varia procedencia, con no escaso aporte de los clásicos grecolatinos, asimilados y seleccionados en su formación jesuítica. Las múltiples citaciones recogidas a pie de página dejan entrever esta incorporación abundante y selectiva de elementos, concordables con un pensamiento cristiano al que le prestan un realce literario y conceptual. Por ello la cualidad más típica de Nieremberg es la de ser hombre de tradición: piensa libremente, en el seno de la Iglesia y de la tradición jesuítica, con la ayuda del pensamiento de todos aquellos, santos o sabios, que le precedieron, y entre los cuales quedó libre de elegir la idea que mejor le conviniera». Con aire eclecticista y abundantes elementos, forma un pensamiento coherente, donde lo original es la proporción y el ordenamiento del material reunido. Ahí está sin duda la razón principal de su olvido, en climas culturales donde la tradición cuenta poco.

Gracias al esfuerzo de Didier el jesuita germano-madrileño, pensador del siglo de Oro muy afín a Calderón, recobrará audiencia literaria y espiritual, no sólo para estudiosos del siglo XVII, sino también para cuantos «anhelen cumplir con prudencia, sensatez y devoción el duro y hermoso oficio de mortal». Didier desentraña a Nieremberg y lo sitúa perfectamente en su época.

J. I. Tellechea Idígoras

Luis Sierra Nava-Lasa, *El Cardenal Lorenzana y la Ilustración*, I (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1975) 356 pp.

Una figura dieciochesca se incorpora definitivamente a la galería de los personajes de la época con su correspondiente monografía: el Cardenal Lorenzana. Tras años de investigación en archivos hispanos y americanos, L. Sierra recompone el perfil personal y los hitos biográficos de este hombre verdaderamente notable por muchos conceptos. El período hispano de su juventud, estudios y primeros cargos eclesiásticos, queda suficientemente aclarado y pertinentemente enmarcado en el entorno histórico en que le toca vivir, sea en punto a corrientes ideológicas tradicionales o reformistas, sea en punto a personas significativas que se cruzan en su vida (pp. 1-108).

El grueso de la obra está dedicado a historiar la huella episcopal de Lorenzana en México, hasta su traslado a la sede primada de Toledo. El ámbito de la Ilustración española comprende así las dos riberas del Atlántico. Son muchas las facetas analizadas en diez capítulos: su actitud frente a la Compañía expulsada, el programa pastoral de reorganización de parroquias, su actividad publicística, la ruda pelea por la secularización de los curatos con resultados negativos, la difícil tarea de la reforma de las monjas, las iniciativas en favor de expósitos y pobres, etc... Como símbolo del protagonismo de Lorenzana y de la situación de la Iglesia en América es especialmente notable el capítulo consagrado al IV Concilio Provincial mexicano (1771). Un episcopado colonial muy digno afronta una serie de problemas muy vivos y marca unas directrices interesantes y muy bien analizadas por el autor. La inoperancia efectiva del Concilio no resta méritos al programa. A las *Actas*, dice Sierra, «les faltó regalismo para colmar la talla que el carlotercismo esperaba, y el mismo sobró ante Pío VI y sus cardenales». Aunque pasase estérilmente la sazón de su promulgación oficial y aprobación pontificia, marca un hito de planteamientos y aspiraciones, con indudables logros positivos y aspectos que contrastan con tópicos al uso y obligan a matizar mucho las cosas, v. gr. en el asunto de las lenguas indígenas, en la promoción del indio a orden sacerdotal, etc.

L. Sierra devuelve a la historia una figura de relieve, muy bien historiadada y enmarcada, que desplegó sus energías con más libertad lejos de la Metrópoli, para retornar como Arzobispo de Toledo por imposición autoritaria. Su ascenso espectacular lo pagó más tarde a alto precio, como insinúa R. Ricart en su breve y denso prólogo. ¿Cuándo nos regalará Luis Sierra el segundo tomo de su obra, tan importante cronológicamente para la historia eclesiástica de España?

J. I. Tellechea Idígoras

Anónimo, *Storia della persecuzioni e guerre contro il popolo chiamato valdese... a far tempo dall'anno 1555 fino al 1561*. Vers. italiana integrale e riproduzione del testo originale, a cura di E. Balmas e C. A. Theiler Storici valdesi, 2) (Roma, Editrice Claudiana, 1975) 326 pp.

La colección de estudios históricos que patrocina la editorial Claudiana, se propone editar diversas fuentes de la historia valdesiana, y por lo que se deduce de los cinco primeros tomos programados, más concretamente la historia de sus persecuciones. En este volumen, de esmerada tipografía, se nos ofrece la *Histoire des persecutions...* de los valdeses de los valles del Piamonte, Angrogna, Luserna, S. Martino, Perosa y otros, escrita por un autor, cuyo anonimato no acaba de desvelarse.

La cuidada versión italiana anotada y la reproducción facsímil que se incorpora a la obra ponen ante nuestros ojos un texto considerado como clásico, cuyo valor y significado es diligentemente puesto de relieve por los dos autores que han cuidado la edición. Con pertinente crítica tratan de pergeñar los rasgos del anónimo autor y de valorar la atendibilidad de este relato, que se presenta como una *pièce à l'appui* dentro de un horizonte reformista especialmente virulento en Francia por aquellos años. El estudio de las fuentes y modo de composición de la obra detecta errores y discontinuidades, así como utilización de fuente por parte de quien no fue testigo de vista de lo que narra. La difusión de la obra mediante traducciones y sobre todo en razón de su inserción en el Martirologio de Crespín ha podido



contribuir a la transformación y aun deformación de su sentido y a la cristalización hitoriográfica de un esquema interpretativo, que es sagazmente descubierto por sus editores.

Las notas de éstos que acompañan al texto lo van sometiendo a una crítica constante, sea corrigiendo sus errores, sea confirmando sus afirmaciones con documentación complementaria. De esta suerte este mosaico de textos que integran esta Historia adquiere su verdadera dimensión testimonial de un momento religioso singularmente cargado de significado y connotaciones. La excelente edición viene realizada por dos mapas, diez y siete ilustraciones y la citada reproducción facsímil de la rara edición original.

J. Ignacio Tellechea Idígoras

Domingo Benavides, *El fracaso social del Catolicismo español. Martínez Arboleya, 1870-1951*, (Barcelona, Editorial Nova Terra, 1973) 832 pp.

La biografía de quien fue pionero de una acción social de corte moderno y se encontró en el corazón de todos los acontecimientos de significación social de su época, el Deán de Oviedo, Dr. Martínez Arboleya, es el telar que sirve indirectamente para trazar un amplio panorama del Catolicismo social español del siglo XX. Esta obra monumental, tesis doctoral del autor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia de Salamanca, el antiguo Instituto León XIII, está elaborada sobre el archivo particular de Martínez Arboleya, extraordinariamente rico en documentación, sobre todo de género epistolar. Aunque la servidumbre del esquema biográfico obligue al autor a ocuparse de temas de ámbito regional asturiano, de interés y significado superiores a lo estrictamente regional, el ancho vuelo del biografiado le permite ampliar el horizonte hasta el ámbito nacional y hasta sus efemérides, movimientos y personajes más relevantes. Es el Catolicismo español el que gravita sobre estas páginas apasionantes, y con él los Congresos católicos, las Semanas Sociales, los movimientos sindicalistas, el grupo de la Democracia cristiana, la jerarquía, el integrismo, la Acción Católica, etc... Enredados en esa trama aparecen innumerables figuras de amigos y enemigos, de admiradores y detractores: los Primados de Toledo Guisasola, Almaraz, Reig, Segura, los obispos de Oviedo D. Luis Pérez y Echeguren, el sociólogo Severiano Aznar, el Marqués de Comillas y los adeptos de su causa, el polemista «Fabio» de «El siglo futuro», los Nuncios Ragonesi y Tedeschini, etc...

El estudio desborda ampliamente el marco biográfico y nos ofrece una panorámica ancha del tímido Catolicismo social español, no sin razón considerado como un fracaso en el subtítulo de la obra. El corto vuelo de muchas de sus realizaciones, el capillismo, las divisiones y luchas intestinas, no exentas de arteras maniobras; todo contribuye a dibujar un tristísimo cuadro, en el que Arboleya se batió como un león, protagonizando una ejecutoria ejemplar, agigantada por los acontecimientos posteriores y por la evolución de la acción social católica de nuestros días. Es verdad que tal configuración de la historia se apoya en el alegato de una parte, en su visión e interpretación de los hechos. ¿Habrà que esperar la réplica del otro lado, y la respuesta pertinente a las grandes conclusiones de esta obra? El veredicto del tiempo, de la guerra civil y del postvaticano II, parece inclinarse en favor de la línea de Arboleya, hombre de futuro, más que en la de muchos de los que le combatieron, hombres de un pasado. Arboleya resulta una de

las figuras más relevantes de la historia moderna de la Iglesia en España. Y esta obra será imprescindible en el planteamiento profundo de nuestro más reciente pasado histórico.

J. Ignacio Tellechea Idigoras

Andrew Byrne, *El ministerio de la palabra en el Concilio de Trento*, (Pamplona, Universidad de Navarra, 1975) 206 pp.

Este bello tema, de no escasas implicaciones teológicas y pastorales, es el objeto central de este estudio monográfico, ya de entrada preocupado por concordar Trento con el Vaticano II, o la concepción misional o cultural del sacerdocio. El esfuerzo concordístico desplegado a lo largo del estudio resta atención a la comprensión histórica del momento tridentino. La parte más valiosa del libro constituye sin duda la que recopila y analiza los documentos conciliares y su elaboración, siguiendo el los pasos del abundante material acumulado en la edición Görresiana, reunido en apéndice por el autor... Tiene razón Byrne en subrayar el énfasis que pone Trento en recordar que el ministerio de predicar es *praecipuum munus* del obispo, integrado naturalmente en un abanico más amplio de ministerios. La idea respondía a una conciencia tanto más viva, cuanto que la realidad era bastante contraria. En esa tradición, entre muchos, está Erasmo de Rotterdam, quien, apoyándose en S. Pablo, califica el ministerio de la palabra como «*praecipuum ac peculiare munus episcoporum*» (Enarr. in Ps 1, Opera V, 801). Trento se encontraba con la posición luterana que identificaba el sacerdocio con el ministerio de la palabra, y con realidad católica, sea de una muy suficiente atención a la predicación, sea de la realización de la misma por obra principalmente de los religiosos. De hecho subrayará la importancia del deber de la predicación. En los sínodos postridentinos y en los mandatos de visita pastoral, tal deber es recordado en primer plano. Si tal recuerdo parece concederle una importancia capital, la insistencia con que aflora parece indicar que era menester recalcarlo.

En el análisis formal de los textos conciliares Byrne se esmera por precisar sus matices; en cambio en la presentación del contexto histórico general y del específico conciliar, se muestra mucho menos atento. Predomina un afán defensivo y polémico en el tratamiento del luteranismo, descrito superficialmente y de segunda mano (pp. 45 ss). El énfasis puesto por el protestantismo en el ministerio de la palabra merece una atención más respetuosa, aunque el exclusivismo del mismo plantease problemas de fondo sobre la concepción del sacerdocio. La cuestión sobre si se predicaba mucho o poco en el siglo XV, no puede resolverse con tres citas (p. 25), interpretadas muy optimistamente, ni los efectos postridentinos quedan reflejados con una cita de Manzoni y una mención de dos o tres figuras episcopales.

En el marco tridentino cuenta el *De ratione concionandi* de Erasmo, la renovación surgida en Alcalá, las figuras pretridentinas de Vázquez, Tomás de Villanueva, objeto de una espléndida monografía de Cañizares, los dominicos Vitoria, Guzmán, León, las aportaciones positivas o críticas del humanismo, los módulos renovados de predicación, con un etc. largo que permitiría analizar los textos conciliares menos ahistóricamente y más en su auténtico marco histórico. Michel y Jedin prestan al autor un servicio que no le debía haber dispensado de una descripción más viva de la época, sin tanta preocupación defensiva y concordística. La época misma le ofrece elementos suficientes como para apuntalar una concepción rica y englo-

bante de muchos elementos, que dispararían todos los fáciles slogans modernos acerca del talante pastoral del gran Concilio de Trento, aunque las cosas no sean tan blancas en aquel entonces como Byrne hace creer, ni sean tan desventuradas ahora, como también lo afirma en una frase excesivamente generalizante (p. 33). No se debe adoctrinal hoy con el pretexto de la historia, sino simplemente hacer historia, y ella sola enseña.

J. Ignacio Tellechea Idígoras

A. Moreira de Sá, *Auctarium Universitatis Portugalliensis* (Lisboa, Instituto de alta cultura 1975), vol. II (1616-1529), XVI-558 pp.

La valiosa aportación documental de Moreira de Sá, iniciada en el vol. I que abarcaba los años 1506-16, se completa en este segundo que extiende su información hasta 1529, aprovechando ambos los dos gruesos volúmenes originales *Livros da Universidade de Lisboa*, existentes en la Universidad de Coimbra.

La atención que suscitó la primera parte de la obra por parte de especialistas como el Prof. Marongiu, no decaerá respecto a la segunda. En ésta se publican más de quinientos documentos de variada especie. A través de ellos se puede conocer más integralmente la vida de la Universidad portuguesa en los más diversos aspectos la diferencia de actitudes frente a la misma de los reyes D. Manuel y Juan III, la vida académica de escolares y profesores, las votaciones efectuadas de forma abierta o secreta, las declaraciones sobre los votos, los conflictos entre profesores o entre éstos y los alumnos, las gracias y privilegios de que gozaban los Maestros, las consecuencias de la peste en el funcionamiento de las aulas, etc...

El propio Moreira de Sá resume en una breve introducción los principales puntos que ahora se documentan. Con todo, su mérito mayor estriba en la paciente transcripción de documentos de no fácil lectura, perfectamente realizada y en la confección de utilísimos índices de nombres. La esmerada y lujosa edición de estas fuentes, patrocinada por el Instituto de Alta Cultura es índice de todo el aprecio efectivo que le merecen al país hermano los fastos de su propia Universidad, a cuyo esclarecimiento tanto ha contribuido el ilustre investigador portugués.

J. Ignacio Tellechea Idígoras

José V. de Pina Martins, *Humanismo e erasmismo na cultura portuguesa do século XVI*. (Estudo e textos Paris, Fundação Calouste Gulbenkian-Centro cultural portugués, 1973) 334 pp.

Como un esbozo de un vasto trabajo sobre las corrientes culturales del erasmismo portugués, se presenta esta recopilación de estudios sobre figuras representativas del mismo. La fina sensibilidad y amplia erudición del ilustre investigador portugués aflora en estas páginas sobre un tema, por una parte aparentemente conocido y por otra siempre necesitado de perfiles y matices que arrancan desde la definición atinada del humanismo y en particular del erasmismo, y pasa por el análisis muy metuculoso de los textos. Sin propiciar la tentación que quiere descubrir rastros erasmismos por doquier, Pina Martins se propone, con rigor y sin perjuicios, aceptarlos cuando se muestren debidamente documentados, relegando al terreno del pseudoproblema las conclusiones rápidas o equívocas, basadas en analogías explicables por otros influjos, como v. gr. el de los humanistas italianos.

Por ello tras unas matizaciones acerca de Erasmo, el erasmismo y su influencia en España y Portugal, Pina Martins se ocupa con desigual extensión de figuras como Sá de Miranda, Arias Barbosa, Joao de Barros, Damiao de Gois, Antonio Luis Perante, André de Resende, Jerónimo Osório, concluyendo con el declive y represión del erasmismo. En cada uno de los casos analiza las posibles dependencias y el ámbito concreto en el que tienen lugar: dependencia ideológica o textual, polémica en torno a Erasmo, influjo en punto a filología, método, gustos, contenidos, etc... El caso más rico y más ampliamente estudiado es el de Resende, en quién descubre profunda asimilación de Erasmo.

A estas 159 páginas de investigación madura, siguen otras tantas de textos raros, reproducidos en facsímil o tipográficamente, con textos difícilmente asequibles y antiguos: Resende, *Erasmii encomium* (Lovaina 1531), *Antimoria* de Arias Barbosa (Coimbra 1536), la obra sobre Etiopia de Góis (Lovaina 1540), las *Anotaciones* críticas a Erasmo de Antonio Luis (Lisboa 1544), y la carta introductoria de Vaseu al *Index Rerum et Verborum* de Erasmo (Coimbra 1549). Semejantes aportes textuales enriquecen sustancialmente la obra, insertándola simultáneamente en el doble campo de fuentes y bibliografía sobre el tema. Una selecta bibliografía y un índice de nombres cierran esta esmerada edición de un estudio que es, mucho más que el esbozo prometido, una aportación muy sustancial al estudio del humanismo portugués, sea en su vertiente erasmiana como en otras, inclusive de tintes antierasmianos. No todo Humanismo es erasmianismo, concluye Pina Martins, quién por otra parte detecta acertadamente los perfiles exactos del erasmismo portugués que, al igual que el español, fue menos una corriente filológica y metodológica, que religiosa, política y social. Justamente esta definición nos explica el fenómeno subsiguiente de la represión del erasmismo.

J. Ignacio Tellechea Idígoras

Marcel Bataillon, *Études sur le Portugal au temps de l'Humanisme*, (París, Fundacao Calouste Gulbenkian, 1974) XXIV-250 pp.

Para abrir la colección «Civiliçação Portuguesa» y homenajear al gran hispanista y lusófilo M. Bataillon, José V. Pina Martins, director del Centro cultural portugués ha creído conveniente formar un volumen con los estudios del fino investigador francés consagrados a Portugal en tiempo del humanismo, reimprimiendo el que patrocinara en 1952 la Universidad de Coimbra. La obra dispersa y luego conjuntada de M. Bataillon, al tiempo que marca nuevas cotas en el campo de la más exquisita investigación en temas portugueses, abre caminos y apunta hacia una definitiva historia del humanismo en tiempos de Juan III. La reedición le ha permitido añadir pequeños retoques a sus ya magistrales estudios aparecidos originalmente en el curso de veinticinco años, y que editados y reeditados no envejecen.

En estas eruditas páginas nos sorprenden desde la fina identificación de Caiado en unas páginas perdidas de Erasmo, pasando por el moroso tratamiento de la intervención de Gouvea o Almeida en la Junta de Valladolid que intentó condenar a Erasmo (1527) o por el estudio sintético de las relaciones de Erasmo con la Corte portuguesa, hasta los intentos de befa de Juan Luis Vives por Resende. Las breves notas documentadas sobre Andrés de Gouvea y el Colegio de Guyenne, sobre los orígenes de la Compañía en Portugal, o sobre las relaciones de Damiao de Goes con el Cardenal Pole, sobre el influjo de la exposición del Miserere escrita en los últimos días de

su vida por Savonarola, sobre Gil Vicente de Montemayor o sobre las correcciones de la edición escolar conimbricense de los Coloquios de Erasmo ceden en extensión a dos magníficos estudios sobre el cosmopolitismo de Gois o sobre la Princesa Doña Juana, hermana de Felipe II, madre del Rey Don Sebastián y gobernadora de España unos años. Al margen de la hermandad cultural existente entre los dos países de la península ibérica, este último capítulo encierra resonancias particulares para España, dada la significación y hasta la peculiaridad de esta Princesa, portuguesa de sangre, Reina de Portugal y tan vinculada a la historia de España como desgraciadamente olvidada por nuestra historiografía. M. Bataillon esboza delicadamente el perfil espiritual y humano de Doña Juana y su inserción en el epicentro de movimientos espirituales positivos, aunque las circunstancias la llevarán a relacionarse con uno de los más ásperos momentos represivos.

Sólo nos resta felicitar a M. Bataillon y a la inteligente Fundación promotora de esta edición, que deseáramos fuera imitada en relación con la amplia producción del célebre hispanista dedicada a España y desconocida, por dispersa en raras publicaciones, por nuestros estudiosos. Las palabras finales del mensaje de Bataillon en Coimbra en 1959 desvelan mejor que nada el espíritu que ha animado su trabajo: un espíritu de libre búsqueda de la verdad, más que el de una conquista definitiva.

J. Ignacio Tellechea Idígoras

Tommaso Bozza, *Nuovi studi sulla Riforma in Italia. I. Il Beneficio di Cristo*, Uomini e dottrine, 22. (Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1976) 520 pp.

Con la edición del presente libro T. Bozza «pone de largo» una serie de estudios de breve extensión y escasa difusión que han merecido, sin embargo, la atención de los estudiosos italianos de la época de la Reforma. Nos referimos a sus opúsculos «Marco Antonio Flaminio e il Beneficio di Cristo» (Roma 1966), «Calvino in Italia» (Roma 1866), «L'illuminazione dello Spirito Santo» (Roma 1968), un nuevo «Calvino in Italia» (Roma 1971), y el más amplio de todos «La Riforma Cattolica. Il beneficio di Cristo» (Roma 1974), 178 pp. lo que inicialmente fueran aportaciones eruditas limitadas y concretas, se ha convertido en el libro que ahora comentamos en amplio tratamiento de un problema sobre el que se han pronunciado constantemente muchos grandes estudiosos italianos.

Nos referimos al famoso librito *Tratatto utilissimo del beneficio di Cristo*, extraordinariamente difundido en Italia en 1543, y denunciado por Ambrosio Catarino. Desconocido durante mucho tiempo fue poco a poco rescatado por prestigiosos eruditos del silencio de bibliotecas donde dormían sus rarísimos ejemplares supervivientes. Inicialmente publicado como anónimo, ha sido atribuido a diversos autores; en los últimos tiempos se ha impuesto muy fatigosamente la paternidad de dos autores: Benedetto da Mantova sería su primer redactor y Marco Antonio Flaminio el que le dio su forma definitiva. Paso a paso se ha ido haciendo luz acerca de la vida del primero, con no muy abundantes resultados; más fácil, y al mismo tiempo incitante, era descubrir la posición ideológica ambigua del segundo. El pequeño *Tratado*, al menos desde el punto de vista textual, ha merecido ser reeditado en sus diversas versiones lingüísticas en el novísimo y espléndido «Corpus Reformatorum» iniciado en Italia. Con todo es en la interpretación y valoración de la obra donde a las viejas tesis de Sand, Laderchi, Shelhorn, Riederer,

Tiraboschi, Babington, von Ranke, P. C. Pidal, J. Bonnet, Croce, se han ido superponiendo las modernas de Paladino, Pontieri, Meozzi, Bataillon, Simone Minaci, Miegge, Gonnet, Domingo de Santa Teresa, Vinay, McNair, Cantimori Ginzburg-Prosperi, Simoncelli, etc... La tesis predominante vinculada la ideología de la obra al círculo del español-napolitano Juan de Valdés e inscribía sus ambigüedades en la atmósfera vaporosa del fenómeno espiritual descrito con el nombre de evangelismo, *hinterland* cómodo e impreciso entre la Contrarreforma del Papa Carafa Paulo IV y la Reforma neta de Lutero y Calvino.

T. Bozza terció hace diez años en campo tan enmarañado con los trabajos mencionados, breves en extensión, pero precisos y pertinentes en su contenido, que no era otro que el de la aportación de textos cotejados a dos columnas, en los que la dependencia del *Tratatto* respecto a Calvino era innegable. Su tesis fue escuchada con respecto por algunos y considerada como insuficiente o precipitada por otros. Ni siquiera ante paralelismos textuales manifiestos se rendían los estudiosos, obligados a renunciar a supuestos adquiridos y comunes y a re-descubrir el sentido del viejo librito en la línea de su primer denunciante, el peleón Catarino.

T. Bozza siguió interviniendo con sus escritos menores y madurando la obra amplia que hoy ve la luz pública. En ella nos hace la historia de la historiografía sobre el *Trattato*, describiendo las sucesivas hipótesis en torno a él, para entrar de lleno en el terreno donde se ha de plantear a fondo el problema. Bozza excluye la derivación valdesiana del *Tratatto*, y refuerza su antigua tesis de la procedencia clara protestante, más concretamente calvinista. Además de analizar con e tremo rigor crítico todas las noticias originales sobre la obra, se adentra en la temática propia del *Tratatto* y a fin a la de la gran controversia católico-protestante: el pecado original, la ley y sus oficios, Cristo mediador único, justificación y santificación, la vida cristiana, sacramentos y predestinación.

Por un lado, Bozza aporta una serie inacabable de textos para sobre ellos realizar el oportuno cotejo. Hubiese sido más diáfano y más fácil para él lector disponer de los mismos en columnas paralelas, aunque esto hubiese sido una cruz para el editor. La supuesta confusión teológica de la época, amplia capa magna para cubrir silencios o énfasis, se diluye ante la contundencia de las múltiples coincidencias paralelas del *Tratatto* con la *Institutio* calviniana de 1539: en muchísimos puntos es idéntica la doctrina, y a la letra, sin equívocos posibles. El trabajo árido y paciente de Bozza, no se limita al cotejo material de textos, sino que analiza con exquisita figura teológica los contenidos hasta en sus más delicados matices. A quienes le acusaron de sobrevalorar sus primitivos descubrimientos, les brinda hoy nuevos hallazgos y un tratamiento minucioso de los mismos, que evidentemente corrobora su tesis originaria.. La inclusión del Beneficio de Cristo en nítida esfera calvinista, es reforzada también por el hecho externo de que en su época fue recibida elogiosamente en tal área, mientras fue combatida al menos por algunos católicos que llevaron la obra al *Index*. Por lo demás, la fundamental dependencia anotada respecto a la *Instituto* calviniana (1539) no excluye otras fuentes de autores protestantes, profusamente presentadas por T. Bozza. Aunque no todos y cada uno de los cotejos textuales y doctrinales tengan el mismo valor probativo, el conjunto posee un enorme peso, que obliga a replantear desde la base todos los planteamientos presentes en torno al librito y al evangelismo italiano.

Desde el ángulo español, el libro fuerza a dos comentaristas. El primero se refiere a Juan de Valdés, abundantemente presente en el cañamazo de la

obra de Bozza. Desde el momento que pierde su condición de gran comodín como marco referencial de corrientes italianas hasta ahora consideradas como ambiguas y desde ahora más clarificadas como puro protestantismo, es el gran perdedor: no en sí, ya que Bozza le otorga gran importancia a su pensamiento subrayando además sus discordancias fundamentales respecto a la Reforma, sino en cuanto al mito de su irradiación en Italia. Aunque Valdés no haya sido el objeto directo de la investigación de Bozza, desparrama a lo largo de la misma enjuiciamientos constantes que plantearán problemas a los no escasos clichés historiográficos valdesianos. El segundo comentario quisiera subrayar el sentido paradigmático de la investigación de Bozza, tanto en su método como en sus resultados, de cara a los evangelismos europeos, y concretamente al español, justamente en sus manifestaciones ambiguas, v. gr. Constantino Ponce de la Puente. Posiblemente un rigor metodológico semejante nos conduciría a descubrimientos hasta ahora insospechados. Al margen de estos dos considerandos, la obra de Bozza se impone con fuerza y barre del medio una extensa literatura precedente sobre un tema, tan obsesivamente estudiado por prestigiosos eruditos, sobre todo italianos.

J. Ignacio Tellechea Idigoras

A. Quacquarelli, *Il leone e il drago nella simbolica dell'età patristica* (Bari, Istituto di Letteratura cristiana antica, 1975) 154 pp.

Se nos dice en la Introducción que el trabajo debe su origen a una conferencia o lectura habida en Ravena en el *XXI Corso de cultura sobre el arte ravenense y bizantina*. Esto explica el método empleado por el autor. Los autores cristianos antiguos ven la cultura a la luz de la Biblia y están plenamente convencidos que de ese modo siguen la palabra de Dios que se ha encarnado en Cristo, No obran en compartimientos estancos, tal como nosotros solemos estudiarlos, sino con una visión unitaria del hombre y del mundo construyen día a día los elementos en que se radica la comunidad.

La visión cristocéntrica determina la unidad del lenguaje en la exégesis bíblica, en la literatura, en la liturgia y en las artes figurativas. Es cierto que cada una de estas ciencias o manifestaciones de una cultura o de una religión recorre su camino independientemente. Labor del interprete actual es captar la unidad del lenguaje, de las manifestaciones, ya que en ellos se descubre la unidad de comunicación y los instrumentos o símbolos de una cultura y modo de pensar.

En este libro Quacquarelli se enfrenta con lo que representa el león y el dragón, y los reptiles. El león es la violencia, el poder, mientras que en el dragón se encierra el engaño y la malicia sin fin. En ambos está representado el mal. Las imágenes a que da lugar ese simbolismo se sobrepone rápidamente. Como quiera que el mal no tiene límites, el dragón se indentificará con las aguas que devastaron el mundo. Al igual que los números, los animales tienen una interpretación especial en la exégesis patristica. Se parte de las palabras y de las leyendas de diverso origen oriental y occidental y los padres tratan de buscar las analogías con las situaciones bíblicas conocidas. No se puede seguir de un modo total la línea horizontal de la historia de las religiones, ya que el mundo pagano no se continúa del todo en el mundo cristiano, puesto que el hombre ha cambiado sus ideales y sus valores ya no son los mismos. No cabe duda de que hay casos en que los símbolos de la iconografía pagana se vuelven a encontrar

en el mundo cristiano. Pero no se puede planificar la historia. Es cierto que los mitos paganos sirven a los cristianos para comunicar imágenes conocidas de todos que luego, al incorporarse al mundo cristiano, adquieren un sentido diverso dentro de una concepción espiritual diferente entre ambos mundos.

El autor de este libro curioso e interesante estudia el simbolismo del león y del dragón en la literatura, en la liturgia y en las artes figurativas. Son los tres grandes capítulos en que se divide la obra. Además de una selecta bibliografía sobre el particular, el libro está adornado con 19 grabados, que van desde reproducciones de Ravena, San Apolinar in Classe, o el Cimitero della Via Latina, de Roma, hasta manuscritos de Oxford, Valenciennes, Paris, etc. La exposición de Quacquarelli constituye un logro y un acierto sobre la unidad del lenguaje cristiano antiguo en torno a la exégesis del león y del dragón a que alude el salmo 90 (91) 13, al través de la época patristica. Trabajos como este ayudarán a comprender mejor la simbología y alusiones que se da en muchos textos de los padres, textos litúrgicos y manifestaciones de las artes figurativas sobre temas cristianos.

José Oroz

G. Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna* (Barcelona, Edic. Martínez Roca S.A., 1974) 341 pp.

El objetivo que se propone el autor en la presente obra es dar a conocer a los grandes escritores, historiadores «artistas», eruditos y grandes filósofos, que se han interrogado sobre la naturaleza propia de la historia. O en otras palabras, a todos aquellos a quienes debemos, en una gran medida, los recursos, el método y la concepción de la historia que hoy viene prevaleciendo.

Igualmente pretende hacer «historia viva»: dar a entender que la historia no es un simple museo de sucesos que pasaron y que podemos admirar o solamente retener en una agradable o tal vez angustioso recuerdo; que es, por el contrario, algo vivo, permanente, un quehacer diario en continua gestación; que como fue ayer lo sigue siendo hoy y lo seguirá siendo mañana; que evoluciona con la civilización humana y con los acontecimientos que revelan la existencia de los hombre y a los que, en ocasiones, instruye.

Desde el primer quehacer histórico, clásico-medieval, se pasa revista en la obra a la nueva historiografía renacentista y a las escuelas positiva y racionalista de los siglos XVII y XVIII, haciendo hincapié en las valoraciones históricas de Voltaire, Rousseau o Condorcet, de la corriente alemana y del influjo del gran adversario del racionalismo, el italiano Giambattista Vico.

Interesante es la perspectiva que nos ofrece el autor del origen, desarrollo y corrientes más llamativas de la historiografía moderna: de los liberales del s. XIX, un Comte o un Hipólito Taine, a la presencia del historicismo; de la teoría mecanicista de la historia, el nuevo influjo de la sociología y del estudio de las infraestructuras económicas, el materialismo histórico, las teorías marxistas etc.

La obra del profesor de la Sorbona, G. Lefebvre, más que una historia literaria de los libros de historia, es un estudio de síntesis, serio y profundo, que puede llevarnos a esa «historia de la historia», capaz de aclarar no pocos enigmas de los hombres que vinieron haciendo tal historia y de los que, día a día, la seguimos o seguiremos haciendo.

En el fondo es una profesión de fe en los valores y en las posibilidades



humanas. «Tened confianza en la naturaleza humana —aconseja Lefebvre— y en el porvenir; o, si lo preferís, en el espíritu del mundo, como Benedetto Croce; o, para aquellos de vosotros que poseéis fe, en la providencia de las religiones reveladas».

F. Martín Hernández